Honor, Diplomacia y Memoria: Japón en la crónica familiar de la Casa de Reynoso (1589–2026)

Erik Andrés Reynoso y Márquez

Señor Caballero Divisero Hijodalgo del Antiguo e Ilustre Solar de Tejada.

Miembro de la Asociación Japonesa de Hispanistas.

A la memoria de Keiko, cuya eterna luz ha sido guía y mi más grande fortaleza.

Dedicado a Rina, Haruto y Domênico.

Fecha de publicación: 21 de agosto de 2026

Palabras clave / Keywords: Casa de Reynoso, Japón, España, Diplomacia, Historia, Linaje, Hidalguía, Bushidō, Era Meiji, Era Reiwa, Genealogía, Nueva Galicia, Relaciones Transpacíficas.

Derechos de autor / Copyright: © 2026 Erik Andrés Reynoso y Márquez. Distribuido bajo Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0). Archivo en Archive.org.

RESUMEN / ABSTRACT

Resumen: El presente artículo examina la prolongada y profunda vinculación histórica entre la Casa de Reynoso y el Imperio de Japón a lo largo de cuatro siglos (1589–2026). A través de un riguroso análisis genealógico, historiográfico y testimonial, la obra traza las raíces de esta estirpe castellana y su evolución transcontinental estructurada en tres figuras clave: el capitán Francisco de Reynoso y San Pedro, quien en el siglo XVII entabló una insigne alianza mercantil con el expatriado nipón Luis de Encío bajo el rigor del *sakoku*; el diplomático S.E. Francisco de Reynoso y Mateo, testigo de la Restauración Meiji y autor de la célebre crónica *En la corte del Mikado*; y el propio autor, Erik Andrés Reynoso y Márquez, Señor de Tejada, quien consolida la asimilación contemporánea del archipiélago desde la academia, el comercio de arte, el arraigo territorial en la mítica isla de Awaji y una profunda comunión espiritual. La monografía discurre entre el peso del honor hidalgo, la ética del *Bushidō*, la resiliencia frente a la adversidad y el respeto absoluto al orden cívico y cultural de la nación huésped.

I. El origen de la Casa de Reynoso y el inicio de una vocación universal

Pocos linajes nobiliarios han tenido un vínculo tan profundo como el que han mantenido los Reinoso (también escrito como Reynoso) con Japón a través de distintas generaciones, en este caso, abarcando cuatro siglos. Para comprender la naturaleza de esta relación, que no nace del interés fortuito ni de la contemplación ajena, sino del reconocimiento entre pares, el servicio de Estado y el levantamiento de puentes culturales, es preciso trazar primero las raíces de una estirpe cuya antigüedad y trayectoria histórico-genealógica fundamentan su legitimidad en el escenario internacional.

La Casa de Reynoso hunde sus orígenes en la alta Edad Media castellana, estrechamente ligada a la nobleza inmemorial del condado de Castilla y el reino de León. Documentada desde la Reconquista y vinculada por enlaces matrimoniales a varios linajes principales y títulos nobiliarios, la familia articuló su identidad sobre pilares indivisibles: el honor, las armas y la diplomacia al servicio de la Corona. Virtudes que se unen y reconocen con parte de la casta guerrera y noble de Japón y muchas de las actitudes del pueblo japonés actual. Los Reinoso como tal ostentaron diversos señoríos como el de Autillo de Campos, Reinoso de Cerrato y Villarramiro y Mazuecos de Valdeginate entre otros, el primero de ellos considerado uno de los más importantes de Tierra de Campos.

El linaje hasta donde tenemos plenamente documentado encuentra su origen en Gutierre Pérez de Reinoso (1120-1185), señor de varias villas entre las que se encuentran Reinoso de Cerrato, Valbonilla, Vasconcelos, Olombrada, Hontalbilla, Angisarelo, Perosillo, Adrados y Soto de Cerrato. De este caballero de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, que documenté plenamente en mi obra Reinoso: un linaje castellano, se desprenden también las ramas que poseyeron los señoríos de Mazuecos de Valdeginate y Autillo de Campos con sus respectivas Casas Fuertes, entre otros.

Los tres individuos que conforman este cúmulo de vivencias y relaciones con el Imperio de Japón, el capitán Francisco de Reynoso y San Pedro (1589–1660), el diplomático S.E. Francisco de Reynoso y Mateo (1856–1938), y Erik Andrés Reynoso y Márquez, Señor de Tejada (1981–presente), pertenecen a la misma rama, siendo descendientes por línea recta de varón del linaje de Villacorta, asentado en las montañas de León desde tiempo inmemorial.

Para comprender la consolidación de esta identidad familiar, es indispensable observar sus alianzas originarias. El bachiller Fernán Alonso de Villacorta, hijo legitimado del clérigo de la Catedral de León Gonzalo Alonso de Villacorta, se crio junto con su hermano Diego Alonso en el antiguo señorío de sus antepasados, Villacorta, siendo descendientes de un famoso guerrero llamado «El Caballero de Villacorta» y tenidos por descendientes por línea recta de varón, al igual que muchos linajes leoneses, de los Flaínez. Dicho señorío era tan antiguo que los testigos del pleito de hidalguía de Gonzalo de Reinoso aseguraban que no habría casa más antigua en la comarca y que por su mucha antigüedad solo quedaba una vieja torre y unas caserías alrededor.

El clérigo Villacorta obtuvo carta de legitimación de sus dos hijos en el cual el rey los hacía «como habidos de legítimo matrimonio», por lo que podían heredar a todos los efectos y conservar la hidalguía de su linaje. Fernán Alonso de Villacorta se estableció en Autillo de Campos, donde estaban sus parientes Reinoso, señores de la villa. Junto con su deudo Juan de Reinoso y Herrera fueron llamados a las armas, luchando lado a lado y forjando una gran amistad que sellaron a su regreso con el matrimonio del bachiller Villacorta y Mari Díez de Reinoso, hija de los señores de Autillo.

El hijo de este matrimonio, Gonzalo de Reinoso, dada la importancia que tenía el linaje de Reinoso, superior en calidad, poderío social y económico como señores de Autillo de Campos, dejó el apellido paterno para llamarse Gonzalo de Reinoso. Esta fue una práctica común en los reinos españoles donde en muchas ocasiones se usaba el linaje de mayor renombre para perpetuar la preeminencia de la casa.

Desde sus inicios podemos ver que esta Casa, y en particular la rama que la perpetuó con mayor fuerza, la Villacorta-Reinoso, fue honrada continuamente por su servicio a los reyes, tenida por honesta, leal, diestra en las armas y regida por un estricto código familiar que quedaba plasmado en la sangre. Su origen, aunque plenamente hidalgo y eminentemente católico, encuentra profundas similitudes conceptuales, prácticas y éticas con el Bushidō: una cosmovisión donde la lealtad vasallática, la rectitud en el servicio, la marcialidad y la preservación del honor del linaje por encima de la propia vida no eran meros ideales abstractos, sino la norma de conducta cotidiana. Esta consonancia de valores fundamentales facilitó que, a lo largo de los siglos, la mirada de los tres aristócratas de esta casa hacia el Japón no fuera la de un observador ajeno, sino la de una estirpe que reconocía en la sociedad nipona un mismo código de honor.

Fue a partir de esta sólida base histórica, y con la expansión ultramarina de la Monarquía Hispánica en los siglos XVI y XVII, que la familia consolidó una proyección transcontinental. Esta herencia de rigor documental, honor y representación nobiliaria dotó a la estirpe de las credenciales necesarias para convertirse en un canal natural de interlocución, no como meros observadores externos, sino como pares capaces de dialogar con la realidad política, social y diplomática del Japón a través de los siglos.

Gonzalo de Reinoso encarnó el arquetipo del caballero hijodalgo castellano en el contexto de la Guerra de Granada. Siguiendo los pasos de su padre, combatió en las postrimerías del conflicto hasta la victoria cristiana, distinguiéndose singularmente por su arrojo y habilidad con las armas. Conocido por su valentía, dedicó su vida a la defensa de la Corona y de la cristiandad, méritos que lo elevaron al grado de capitán de gente bajo la bandera del rey Fernando el Católico. Esta trayectoria, si bien le hizo meritorio de notables honores y mercedes regias, también le deparó amargas

enemistades, entre ellas, la del vizconde de los Palacios de la Valduerna y de diversas facciones territoriales en Tierra de Campos cuando se le hizo alcalde de Boadilla de Rioseco; un costo que asumió de manera inquebrantable en virtud de su lealtad absoluta a los monarcas.

En el ámbito de las alianzas familiares, Gonzalo de Reinoso contrajo nupcias con Inés García de Melgar. Su mujer era hija de Diego de Melgar y de Inés de Melgar, ambos criados e integrantes del más cercano círculo de confianza de los condes de Benavente. Diego de Melgar descendía de una distinguida estirpe nobiliaria, siendo hijo de Pedro García de Villardeciervos y de María Alonso. Este don Pedro era, a su vez, vástago del caballero Pedro García de Pantigoso [1], merino del segundo conde de Benavente, y de Isabel Alfonso, hija de Alfonso Juan, canónigo de la iglesia de Astorga. Dada la preeminente y notoria nobleza de la casa de Inés de Melgar, resultó requisito indispensable que el bachiller Fernán Alonso de Villacorta presentase su carta de legitimación regia para salvaguardar la nobleza del linaje de Villacorta y permitir que el enlace matrimonial pudiera formalizarse con todas las garantías del derecho nobiliario.

A partir de Gonzalo de Reinoso e Inés García de Melgar surgió un poderoso linaje que dominó Boadilla de Rioseco durante varios siglos y que desembocó en varios títulos nobiliarios mediante enlaces matrimoniales y personajes históricos de importancia como el conquistador de la Nueva España y La Florida, Francisco de Reynoso y Escobar, que participó en la conjura de los Martín Cortés. Entre los títulos nobiliarios que enlazaron con los Reinoso podemos mencionar a los Condes de Fuenclara, los Marqueses del Pico de Velasco de Angustina, los duques de Maqueda a través de los Osorio de Moscoso y Reynoso, etc. Así mismo, entrado el siglo XX los Reynoso enlazan con los Palomar descendientes de los García-Sancho haciendo así que este linaje ostentara el señorío de Tejada y su escudo de armas.

Con la expansión ultramarina de la Monarquía Hispánica en los siglos XVI y XVII, los Reynoso no solo consolidaron su presencia en la Península, sino que se trasladaron hacia el Virreinato de la Nueva España y las Indias Orientales y es precisamente a principios del siglo XVII, cuando comienza la relación con Japón. Fue esta vocación transcontinental la que transformó a la familia en un canal natural de interlocución entre el Occidente cristiano y las complejas estructuras políticas del Lejano Oriente. La transmisión del honor y el sentido de representación nobiliaria se convirtieron en un patrimonio inmaterial heredado de generación en generación, permitiendo que la percepción de Japón dentro de la crónica familiar no fuera la de un observador distante, sino la de una casa noble dialogando con la realidad política, social y cultural del Imperio Japonés.

Si bien la profundidad de este preámbulo genealógico y de legado familiar pudiera parecer excesiva frente al análisis puntual de la relación de la Casa de Reynoso con Japón, su inclusión resulta ineludible. Es precisamente en estas raíces donde se asientan las obligaciones inmanentes y el sentido del deber del linaje; un legado que encuentra un eco natural y profundo en tierras japonesas. Esto demuestra que la concepción de la genuina hidalguía castellana y el ethos tradicional del espíritu japonés, en su expresión más pura, comparten un código ético y de respeto que les permite converger en un mismo entendimiento del honor y dialogar desde el reconocimiento mutuo.

I. Francisco de Reynoso y San Pedro (1589–1657)

Aristócrata castellano, diestro militar, capitán a guerra y eficiente funcionario de la Corona.

Nacido en 1589 en Boadilla de Rioseco, Palencia. Desde joven debió haber dado repetidas muestras de inteligencia porque fue algo que lo caracterizó durante toda su vida gracias al corpus documental que se compone de diversos cargos de importancia, tanto administrativos como militares, dentro de la Corona Española. Había nacido dentro de una familia noble y principal de la provincia de Palencia, su padre había consignado su ascendencia y pruebas de su nobleza en un proceso Ad Perpetuam Rei Memoriam ante la Real Chancillería de Valladolid hasta su antepasado el ya mencionado Gonzalo de Reinoso [2]. Su tío abuelo el capitán Francisco de Reynoso y Escobar, uno de los conquistadores más importantes de la Nueva España, había obtenido Real Carta Ejecutoria de su hidalguía. Esas dotes son las que hicieron que se embarcara a la Nueva España y las Filipinas como criado del contador Alonso de Espinosa Saravia.

La documentación sobre Francisco de Reynoso y San Pedro en el Archivo Nacional de Filipinas (*Pambansang Sinupan ng Pilipinas*) fue fundamental para confirmar su papel como secretario personal de Alonso de Espinosa

Saravia, donde fiscalizaba mercaderías de China y Japón. El corpus documental de Reynoso en España, Filipinas y Nueva Galicia permitió, mediante un cotejo de firmas autógrafas y un análisis cronológico, vincular su trayectoria transoceánica con documentos notariales hallados en el Reino de la Nueva Galicia.

El contacto con el Oriente hizo que Reynoso y su experiencia con su mercadería hizo que fuera conocido como *Perulero*, término con el cual eran conocidas aquellas personas experimentadas en el comercio de los reinos ultramarinos y que tenían experiencia tanto en Filipinas, el Virreinato del Perú, la Nueva España y otras partes. En particular, muchas veces era sinónimo de una persona cuya fortuna se había hecho a través de esta actividad.

Después de establecerse en la ciudad de Guadalajara, en el Reino de la Nueva Galicia, de contraer matrimonio con una dama noble y de haber ejercido cargos de importancia en los cabildos regionales, Reynoso trabó una notoria y estrecha cercanía con un expatriado japonés llamado Fukuchi, cuyo nombre cristiano fue Luis de Encío, quien estaba resuelto a ganarse la vida comerciando en Guadalajara.

La paulatina promulgación de los edictos de aislamiento estricto (sakoku, 1633–1639), que sellaron paulatinamente las fronteras del archipiélago nipón a las potencias occidentales, pudo constituir un factor determinante para el arraigo definitivo de Luis de Encío en el Reino de la Nueva Galicia. Ante la imposibilidad del retorno o de mantener el libre tránsito comercial con su tierra natal, el emigrado japonés encontró en el capitán Reynoso a un protector y a un par.

La alianza mercantil forjada entre ambos reviste un carácter excepcional que exige un profundo análisis historiográfico, pues sus estipulaciones resultaban atípicas para la praxis notarial y comercial de la época. Consta documentalmente que Francisco de Reynoso aportó la totalidad del capital necesario para la apertura de una tienda de mercaderías en la ciudad de Guadalajara, cediendo a priori el cincuenta por ciento de la titularidad a Encío. La única condición estipulada fue que el socio japonés amortizara su parte de la inversión de manera gradual, sufragándola a cuenta de los futuros ingresos que generase el establecimiento.

Este acuerdo contractual, francamente insólito para las severas dinámicas crediticias del virreinato, trasciende la mera conveniencia financiera. Es el testimonio palpable de una confianza inquebrantable; la manifestación de un pacto no escrito donde la rectitud y la palabra empeñada valían tanto como el capital aportado. En esta insólita sociedad novogalaica, el hidalgo castellano y el expatriado nipón demostraron, en la práctica, esa convergencia de códigos éticos y de honor que caracterizaría el vínculo de la Casa de Reynoso con el Japón a lo largo de los siglos.

El Japón del siglo XVII a través de la mirada de Francisco de Reynoso y San Pedro

A través de los ojos del capitán Francisco de Reynoso y San Pedro, el Imperio del Japón no fue una abstracción exótica ni un simple proveedor de ricas mercaderías, sino una realidad tangible fundamentada en el trato humano, el honor compartido y el valor de la palabra empeñada. En una época en la que el shogunato Tokugawa cerraba herméticamente sus puertas al mundo occidental, Reynoso experimentó la esencia del carácter japonés a través de su lealtad y reconocimiento mutuo con Luis de Encío.

Su vivencia constituye el primer gran pilar de la Casa de Reynoso con Oriente: una mirada fundacional donde la hidalguía castellana y el espíritu de la era Tokugawa convergieron. Francisco de Reynoso no miró a Japón desde la superioridad del conquistador ni desde la distancia del burócrata, sino desde la paridad de un noble que supo reconocer en un desterrado nipón, también de casta noble, los mismos códigos de rectitud y lealtad que regían a su propio linaje, sentando un precedente ético y espiritual que resonaría siglos después en sus descendientes [3].

II. S.E. Francisco de Reynoso y Mateo (1856–1938): El diplomático ilustrado y la corte del Mikado

Este distinguido caballero encarnó con brillantez el prototipo del diplomático europeo de finales del siglo XIX y principios del XX. Reconocido en su madurez como el «Ángel de la Guarda» de huérfanos, prisioneros y refugiados durante la Primera Guerra Mundial, labor que le valió distinciones como la de Caballero de la Orden del Imperio

Británico y Oficial de la Legión de Honor francesa, su impronta vital guarda un vínculo fundacional con el Extremo Oriente.

Nacido el 29 de marzo de 1856 en el emblemático Palacio de Pimentel de Valladolid, propiedad de su tío Mariano de Reynoso y Oscáriz, fue fruto del matrimonio entre el senador del Reino Manuel Anastasio de Reynoso y Oscáriz y la dama salmantina Joaquina Mateo e Ibarra. Por línea paterna, al igual que el capitán Francisco de Reynoso y San Pedro, su tronco genealógico se remontaba al alcalde Gonzalo de Reinoso, hidalgo de Boadilla de Rioseco. Su precocidad intelectual descolló temprano: en 1874, con apenas dieciocho años, se doctoró en Derecho Civil y Canónico, consagrándose como el doctor en Leyes más joven de España hasta entonces.

Tras iniciar su carrera como agregado en el Ministerio de Estado y cumplir una destacada misión en Roma bajo las órdenes del conde Diego Coello de Portugal, su destino dio un giro transcontinental cuando, entre 1882 y 1884, ejerció como Tercer Secretario de la Legación de España en Yokohama.

El Japón imperial: El marco de las eras y la vivencia en la Era Meiji

La biografía de S.E. Francisco de Reynoso discurrió a través de las transformaciones geopolíticas más vertiginosas de la historia moderna de Japón, abarcando temporalmente tres eras fundamentales:

1. Era Meiji (明治時代, 1868–1912): El período de su estancia directa en el archipiélago (1882–1884). Fue testigo de primera mano de la radical Restauración Meiji, la abolición definitiva del sistema feudal de los samuráis, la creación de la nueva aristocracia de Estado (kazoku) y la acelerada modernización institucional y diplomática del país.

2. Era Taishō (大正時代, 1912–1926): Los años posteriores de su madurez diplomática, marcados por la apertura cultural, la democracia parlamentaria y la consolidación de Japón como gran potencia tras la Gran Guerra.

3. Inicios de la Era Shōwa (昭和時代, 1926–1938): Sus últimos años de vida, atravesados por la diplomacia internacional y la expansión geopolítica del Imperio Japonés.

Si bien las últimas etapas no las vivió de manera directa, en las cortes europeas Reynoso fue referente en muchas ocasiones de la vida social y política japonesa, siendo consultado por el rey Alfonso XIII sobre el posible resultado de la Guerra Ruso-Japonesa de 1904 a 1905, siendo el único diplomático que acertó sobre la victoria de Japón sobre Rusia.

En la corte del Mikado y las misiones de alto nivel

En septiembre de 1882, un joven Francisco de Reynoso desembarcó en tierras niponas. Aquellos años de residencia institucional se enmarcaron en un hito histórico fundamental: la instauración de relaciones diplomáticas modernas de alto nivel y misiones acreditadas entre las antiguas monarquías de Europa y la Corte Imperial de Tokio.

Lejos de limitarse a las formalidades de la cancillería, Reynoso recorrió el país con la agudeza del analista político. Fruto de esta profunda inmersión publicó años más tarde su célebre obra En la corte del Mikado. Bocetos japoneses (Madrid, 1904), un texto fundamental que trascendió la literatura de viajes para convertirse en la crónica más lúcida e importante sobre el Japón de la década de 1880 en el mundo hispanohablante. En sus páginas retrató la metamorfosis del imperio y la desaparición de los antiguos estamentos guerreros, reflexionando con agudeza sobre las inercias del propio mundo occidental.

Un libro realizado al final de su vida, titulado The Reminiscences of a Spanish Diplomat, dedica el capítulo V a Japón, relatando, con lujo de detalle, su viaje en el navío Oceanic y su arribo viendo el majestuoso Fuji. Según Reynoso, en su primera noche en Yokohama, fue recibido por un temblor que hizo que cayeran los ladrillos de su habitación.

Se asentó en Yokohama donde un secretario de la delegación francesa había residido el cual estaba regresando a su país de origen. En esa casa, con los arreglos de tatamis y ornamentos japoneses, vivió con Siro San, el cocinero, y su mujer O-Yone San, la ama de llaves. Ambos habían aprendido los pormenores de la cocina francesa del anterior dueño de la casa y así Siro San se convirtió en un maestro de la cocina francesa, para el deleite de Reynoso.

No obstante, Reynoso demostró su gusto por Japón no dejando que el entorno se adaptara al diplomático, sino que él mismo comenzó a estudiar Hiragana y Katakana, dominándolos para poder entender menús, cartas y listas de objetos.

Reynoso disfrutó enormemente los baños públicos, como el histórico Ōyuya, viendo cómo los japoneses lo veían con curiosidad mientras se bañaba. Las aventuras de Reynoso lo llevaron a teatros y festivales, y a anécdotas tan variadas como la vida misma. Quizás, una de ellas, una anécdota que resonaba con fuerza se refiere a la hija del general Robert E. Lee de la Confederación Americana la cual, en su quinto viaje a través del mundo, fue abandonada por sus sirvientes y guías japoneses. Estos se habían cansado de la arrogancia y naturaleza difícil de la norteamericana, la cual, a diferencia de Reynoso, no ofrecía respeto al Japón sino soberbia, y eso causó que la abandonaran a su suerte. Solo unos cuantos hombres, que se apiadaron de la histérica mujer, le recomendaron que visitara a Reynoso pues era otro extranjero como ella que podía socorrerla.

Algo importante para el lector contemporáneo es su visita a Hakone y su lago, donde consigna que permaneció en un hotel que no nombra, pero que a través de mis investigaciones pude determinar que se trataba del Hotel Fujiya, una joya elegante y con clase.

Para la Casa de Reynoso, la estancia de Francisco representó la evolución natural del linaje frente a Oriente. Si en el siglo XVII el capitán Francisco de Reynoso y San Pedro había tejido los hilos del contacto a través de la red mercantil del Galeón de Manila y la confianza con Luis de Encío, en el crepúsculo del siglo XIX el diplomático vallisoletano trasladó ese puente a la más alta representación de Estado. Condecorado con el Gran Cordón de la Orden del Sol Naciente, su figura encarnó el reconocimiento mutuo entre dos naciones separadas por océanos, pero unidas por un inquebrantable respeto al orden institucional.

Su carrera posterior lo llevaría por las grandes capitales europeas, Londres, San Petersburgo, Constantinopla y Viena, hasta culminar como embajador de España ante el Quirinal en Roma (1923–1924). Sin embargo, el eco de su juventud y de aquellos años en el Japón imperial (1882–1884) permaneció siempre como una de las cumbres de su biografía, sellando el segundo gran eslabón histórico de esta estirpe con Oriente.

III. El Japón contemporáneo: Síntesis, academia y arraigo espiritual en Erik Andrés Reynoso y Márquez, Señor de Tejada (1981–Presente)

1. El portal de la modernidad: De la cultura popular a la filosofía del Bushidō

El periodo vital de esta tercera generación abarca un Japón en plena y constante transformación. Inicia bajo la sombra del vertiginoso auge económico y tecnológico que definió los compases finales de la Era Shōwa (昭和時代, hasta 1989), atraviesa la madurez institucional y la inmensa expansión cultural global de la Era Heisei (平成時代, 1989–2019), y desemboca en la actual Era Reiwa (令和時代, 2019–Presente). Bajo el reinado del Emperador Naruhito, esta era de la «Bella Armonía» se caracteriza por una compleja síntesis entre la vanguardia conceptual, la alta tecnología y la preservación inquebrantable de su patrimonio milenario. Es en este marco contemporáneo donde quien suscribe estas líneas, como actual Señor Caballero Divisero Hijodalgo del Solar de Tejada y décimo nieto del capitán Francisco de Reynoso y San Pedro, el primero del linaje que comienza la conexión hispano-nipona, encuentra su propio nexo con el archipiélago.

A diferencia de mis predecesores, cuyo acercamiento a Oriente estuvo dictado por las imperiosas rutas del comercio virreinal o la alta diplomacia imperial, mi primer contacto con Japón se gestó a través de la amalgama única que define su modernidad. Antes de pisar el país, mi inmersión combinó el estudio riguroso de la tradición (la filosofía sintoísta, los preceptos del honor y los tratados de Miyamoto Musashi) con el poderoso e imparable influjo de su cultura popular. Obras de animación y entretenimiento digital, desde *Mazinger Z, Saint Seiya* y *Gundam* hasta *Final Fantasy, Tenchu, Okami, Like a Dragon, Persona, Project Zero, Shenmue* y *Onimusha* actuaron en mi juventud no como meros divertimentos, sino como transmisores contemporáneos del ethos, la estética, el lenguaje y los arquetipos heroicos japoneses.

2. El nuevo puente hacia Oriente: Intelecto, negocios y la preservación de la armonía

Sin embargo, al transitar de la teoría a la vivencia física, comprendí que los puentes que unen a nuestra Casa con Japón debían reconfigurarse. Si el capitán Francisco de Reynoso y San Pedro cimentó su alianza con Luis de Encío en el honor marcial y la confianza comercial del siglo XVII, y S.E. Francisco de Reynoso y Mateo lo hizo a través de la vena diplomática y la corte imperial en el siglo XIX, mi acercamiento exigía un enfoque moderno.

En el Japón contemporáneo, la nobleza de sangre histórica cede su protagonismo práctico ante una nueva forma: el nivel educativo, la armonía, la ética y el respeto por el entorno social. Mi puente hacia esta sociedad se construyó sobre la base de la academia y el comercio. La integración en la Asociación Japonesa de Hispanistas me permitió publicar en 2025 un artículo sobre los archivos históricos digitales en España y Portugal, y en 2026 el primer artículo académico sobre el Antiguo e Ilustre Solar de Tejada en Japón, mientras que la intermediación de obras de ukiyo-e en Europa me conectó con las dinámicas de su mercado de arte y la adquisición de bienes raíces con su historia tangible.

Más allá de los foros académicos y empresariales, aprendí que transitar por el Japón moderno requiere una consciencia profunda del entorno. Integrarse significa comprender que la verdadera nobleza cívica reside en no alterar el delicado tejido de la sociedad japonesa. Exige un estado de alerta silencioso para mantener la armonía comunitaria (*wa*, 和), un esfuerzo que se manifiesta en actos tan cotidianos pero vitales como guardar el más estricto rigor y respeto al transitar por las calles o al viajar en tren, garantizando que nuestra presencia extranjera (*gaijin*, 外人) fluya en sincronía con el orden preestablecido sin rasgar su estructura.

El respeto y la buena educación hacia la cultura que nos acoge denotan la verdadera calidad de nuestro origen y contribuyen a la preservación del *wa* (和). Por esta razón, las virtudes cristianas y occidentales pueden encontrar un profundo eco en Japón cuando se ejercen desde el respeto absoluto hacia sus tradiciones autóctonas, el budismo y el sintoísmo, desarrollándose en un marco de verdadera convivencia donde no se exige subordinación alguna.

Esta integración pacífica contrasta de manera radical con la amenaza que representan los modelos dogmáticos e invasivos. Es el caso de corrientes intolerantes que, en lugar de adaptarse a la sociedad huésped, pretenden imponer sus dogmas violentando sus costumbres, alterando el orden público mediante rezos que bloquean la vía pública, atacando la gastronomía local o atentando contra la integridad de las mujeres y el patrimonio religioso. Resulta inaceptable que cualquier observación o crítica legítima ante estas agresiones y faltas de respeto sea descalificada de inmediato mediante la fabricación de términos acusatorios y etiquetas victimistas, como llamar a cualquier crítica “nombre de la religión/cultura + fobia”, con el único fin de censurar el debate y blindar la impunidad de la imposición. La experiencia histórica demuestra que la convivencia rinde frutos únicamente cuando existe reconocimiento y el más absoluto respeto hacia el país huésped, desmoronándose ante cualquier proselitismo agresivo, religión política dogmática e ideología integrista que pretenda someter y destruir la nación que le abre las puertas.

3. El banquete de las regiones y la espiritualidad del orden en la mesa

El entendimiento profundo de Japón también se esculpe a través de sus sabores, pues cada región posee una identidad culinaria que refleja su alma y su historia. Mis vivencias en el archipiélago están marcadas por este peregrinaje gastronómico: desde saborear el inconfundible y reconfortante *Hakata ramen* hasta disfrutar de una elegante cena *kaiseki* en lo alto de un rascacielos contemplando el horizonte de Tokyo con Mami; desde probar el tradicional *chanpuru* en Okinawa, hasta compartir unos *takoyaki* en una callejuela de Osaka en la divertida compañía de Rina y Haruto.

Comer en Japón enseña rápidamente que la mesa es un altar de espiritualidad, orden y profundo respeto. No se trata meramente de alimentarse, sino de comprender el porqué de los gestos: el cuidado absoluto al acomodar cada grano de arroz en el cuenco para evitar el desorden, y la conciencia plena al pronunciar las fórmulas de gratitud antes y después de los alimentos: *Itadakimasu* (いただきます) al comenzar, y *Gochisousama deshita* (ごちそうさまでした) al concluir. Dicha verbalización no responde a un formalismo vacío, sino a la aceptación de que cada bocado es el

resultado de un sacrificio de la naturaleza y del esfuerzo humano. Es este mismo rigor, esta sacralización de las formas y del orden, el que permea toda la vida japonesa y exige del extranjero una correspondencia armónica.

4. El arraigo en el mito y la comunión espiritual

No obstante, el verdadero punto de inflexión en esta trayectoria no fue académico ni comercial, sino profundamente cercano. Mis viajes me permitieron comprender los marcados contrastes sociológicos entre Kanto, Kansai y Okinawa. Este conocimiento sobre el terreno se cristalizó con mi adquisición de propiedades en la Isla de Awaji y en Kansai; un acto de un profundo simbolismo, pues al arraigar en la primera isla (Awaji) creada por los dioses Izanagi e Izanami, el linaje de Reynoso no solo se estableció en Japón, sino en el corazón mismo de su mitología fundacional poseyendo una pequeña parte de él.

Esta conexión no la forjé en solitario; fue guiada de la mano de Keiko. A través de nuestro vínculo, mi entendimiento de Japón trascendió lo empírico para adentrarse en lo espiritual. Descubrimos que compartíamos el mismo signo protector bajo el espíritu de *Suzaku* (el Ave Bermellón del Sur, deidad cardinal que custodia el horizonte celestial, en ocasiones comparado con el Fénix occidental y que comparto también con mi sobrino Domênico), una convergencia que parecía inscrita en el orden invisible de las cosas. La convivencia y el adentramiento en la sociedad japonesa fue la llave que me permitió descifrar los códigos más sutiles y silenciosos de su sociedad: el arte de leer el aire (kuuki wo yomu 空気を読む). A través de ella, aprendí a interpretar el lenguaje tácito de las miradas, a desentrañar la intención velada tras el comentario educado y a habitar esa esfera donde el silencio comunica más que la palabra. En particular, comprendí que las acciones valen más que las palabras en Japón; una promesa tiene el más alto valor, y su incumplimiento conlleva la deshonra.

5. «La bestia de la posibilidad»: Resiliencia y el *ethos* de la perseverancia

Más allá de los hitos académicos o el arraigo territorial, la verdadera asimilación del espíritu japonés se forjó en el crisol de la adversidad. El transitar por esta vida me exigió enfrentar pruebas de una crudeza indecible, desde estar a punto de morir durante mi tercera década de vida por un secuestro violento en México, hasta afrontar el desolador y prematuro fallecimiento de Keiko. Es en el abismo de la pérdida y el dolor físico donde los códigos de honor y las filosofías asimiladas trascienden la teoría para convertirse en el pilar absoluto de la supervivencia.

Resulta profundamente poético que una de las obras cumbre de la cultura popular nipona que me marcó en los últimos años, *Mobile Suit Gundam Unicorn*, postule la figura mítica del unicornio no como una quimera, sino como «la bestia de la posibilidad» (可能性の獣, Kanōsei no Kemono). En su narrativa, representa el símbolo inquebrantable de la esperanza humana; la voluntad inagotable de sobreponerse a la desesperanza y de seguir avanzando hacia el futuro a pesar de las cicatrices de la tragedia.

Esta filosofía de resistencia, emanada del Japón contemporáneo, guarda un paralelismo asombroso y providencial con el mandato secular impreso en las armas de mi propio linaje. El antiguo lema del Solar de Tejada reza: «Ecce Beatificamus Eos Qui Sustinuerunt» (He aquí, llamamos bienaventurados a los que perseveraron). Un imperativo de resistencia incondicional que, al cruzar el Pacífico, halla su símil espiritual en el venerable proverbio japonés Nanakorobi yaoki (七転び八起き: «Caer siete veces, levantarse ocho»).

De este modo, comprendí que la nobleza de sangre castellana y la cosmovisión nipona no solo son compatibles en los salones diplomáticos o en los registros mercantiles, sino en la capacidad compartida de abrazar el infortunio, transformarlo en resiliencia y apostar siempre por la posibilidad del mañana. Sobrevivir y seguir adelante honrando a los que partieron es, en última instancia, la expresión más pura y atemporal del honor.

El Japón del siglo XXI a través de mis ojos

A través de mi propia mirada, el archipiélago se despojó del velo de la fantasía exótica para revelarse como una realidad palpable, tan fascinante como compleja. Comprendí que habitar esta cultura exige navegar por un crisol de experiencias sostenido por la inquebrantable dicotomía entre el *honne* (sentimientos, deseos y opiniones verdaderos y profundos de una persona, los cuales por lo general solo se revelan en el círculo más íntimo y privado) y el *tatemae* (el discurso o la conducta dictada por la convención, el decoro y el deber. Es lo que se dice o se hace para preservar el orden y no incomodar a los demás, priorizando el bienestar del grupo por encima de la conveniencia individual). Fui testigo de la sublime belleza de sus tradiciones, pero también de sus realidades más severas y silenciosas, como el peso abrumador de la presión laboral, la rigidez de las expectativas y obligaciones sociales y la autoexigencia que en ocasiones desemboca en el trágico fenómeno del *karōshi*.

Es precisamente la aceptación de estas luces y sombras lo que otorga un valor auténtico a esta vivencia. Si el capitán Francisco de Reynoso atisbó un Japón anclado en la lealtad de la época Tokugawa, y S.E. Francisco de Reynoso y Mateo documentó su metamorfosis imperial, en mi caso he experimentado una asimilación cultural profunda. Japón dejó de ser un ideal lejano o un objeto de estudio para convertirse en un hogar con luz y sombras Al desentrañar las complejidades de su sociedad actual, al plantar el Señorío de Tejada en los foros académicos y al unir mi destino en la tierra mítica de Awaji, siento que la historia de nuestra Casa con el archipiélago ha alcanzado la convergencia entre dos mundos que, desde el siglo XVII, se buscaban a través del océano.

CONCLUSIONES

A lo largo de más de cuatro siglos, el hilo conductor que ha unido a la Casa de Reynoso con el Imperio del Japón ha demostrado ser mucho más que una simple coincidencia genealógica o mercantil; es el testimonio de una afinidad conceptual y ética que ha sabido adaptarse a las eras más definitorias de la historia nipona.

En el siglo XVII, durante los albores del shogunato Tokugawa y el inicio del sakoku, el capitán Francisco de Reynoso y San Pedro tendió el primer puente. Su mirada fue la del pionero y el hombre de armas convertido en perulero, quien, más allá del capital, encontró en la rectitud y la lealtad absoluta de su socio Luis de Encío un reflejo del honor hidalgo castellano.

Casi tres siglos después, en plena efervescencia de la Restauración Meiji, S.E. Francisco de Reynoso y Mateo retomó ese legado, elevándolo a la alta diplomacia de Estado. Su visión fue la del estadista ilustrado, actuando como un engranaje institucional y un testigo de excepción frente a la titánica metamorfosis de un imperio que se abría definitivamente a Occidente sin perder su esencia.

Hoy, durante el tránsito de la Era Heisei a la «Bella Armonía» de la Era Reiwa, esta tercera generación cierra el ciclo. El puente ya no requiere de las naves del Galeón de Manila ni de los fastos de la corte imperial, sino que se construye desde el intelecto, el comercio de arte y el más profundo respeto cívico. La hidalguía moderna ya no exige espadas, sino la preservación cuidadosa del wa (la armonía social), la educación y la empatía silenciosa hacia el entorno.

Notas a Pie de Página

1. El testamento de Pedro García de Pantigoso fue otorgado en el lugar de Santa Croya de Tera ante el escribano público Alvar Alfonso de Astorga a «seys dias del mes de Jullio» de 1437. En sus primeras disposiciones, el testador ordena ser sepultado en la iglesia de San Salvador. Entre sus mandas familiares, destaca el legado a su hermano Juan de Pantigoso, a quien deja su equipamiento militar (su caballo pardo, una cota y unos brazales), así como la cesión a su sobrina Leonor de las casas que pertenecieron a su madre. El documento contempla también a su esposa, mencionada expresamente como «mi muger», dentro de las disposiciones testamentarias. Asimismo, extiende legados de ganado y bienes a otros parientes, enumerando a sus sobrinos incluyendo a un hijo de Lope Vázquez. Menciona también a su hijo Pedro dentro del otorgamiento de bienes y a otro sobrino homónimo. En el ámbito religioso, establece donaciones para la iglesia y abadía de Santa Marta, incluyendo mil maravedís para la confección de un cáliz de plata, además de mandas a favor de la iglesia de Santa María y del convento de San Francisco de Benavente. Finalmente, el testador refleja sus disposiciones hacia la servidumbre, ordenando la entrega de crías de ganado tanto a sus esclavas (mujeres negras) como a los sirvientes encargados del cuidado de sus cabalgaduras.

2. La genealogía ascendente quedó consignada en mi obra Reinoso: un linaje castellano. El capitán Francisco de Reynoso y San Pedro era hijo legítimo de Juan de Reinoso y González y de María de San Pedro Ximénez, hidalgos vecinos de Boadilla de Rioseco. Abuelos paternos: Diego de Reinoso y Escobar y Toribia González, esta última del linaje de los Moro, uno de los tres principales de Olmedo (Valladolid). Bisabuelos paternos: Gonzalo de Reinoso y Melgar e Isabel de Escobar y Peñalosa. Terceros abuelos paternos: Gonzalo de Reinoso e Inés García de Melgar. Cuartos abuelos paternos: Fernán Alonso de Villacorta y Mari Díez de Reinoso. Quinto abuelo paterno: Gonzalo Alonso de Villacorta, clérigo. Sextos abuelos paternos: Alonso de Villacorta, señor de Villacorta, y de Mencía Fernández de Tejerina, hija del señor de Tejerina. Séptimo abuelo paterno: El noble leonés Fernando de Villacorta, señor y caballero de Villacorta. Deudo de los señores de Valdepolo y Valderrueda.

3. El capitán Francisco de Reynoso y San Pedro dejó un legado genealógico importante en la Nueva Galicia y que luego se extendió a otras partes del mundo. Su matrimonio con Mariana de Padilla y Medina, bisnieta de un caballero de la Orden de Santiago, sería fecundo y sostendrían un legado trascendental.

Archivos

• Archivo Genuspedia.com: Pase a Indias de Francisco de Reynoso y San Pedro (Archivo General de Indias), Testamento de Juan de Reinoso y González (Archivo Histórico Provincial de Palencia), Ejecutorias de Hidalguía de los hermano Reynoso y Escobar (Real Chancillería de Valladolid), Pleito de Hidalguía de Gonzalo de Reinoso, vecino de Boadilla de Rioseco (Real Chancillería de Valladolid).

• Archivos Nacionales de Filipinas.

• Familysearch. Protocolos Notariales de la Ciudad de Guadalajara (México).

Artículos

• Berzal, Enrique. «*El cronista: El "ángel de la guarda" de huérfanos, prisioneros y refugiados de la Primera Guerra Mundial*» El Norte de Castilla, 30 de enero de 2024. El cronista: El 'ángel de la guarda' de huérfanos, prisioneros y refugiados de la Primera Guerra Mundial | El Norte de Castilla

• Murai, Tomoko. «研究者と記録文書が紡ぐ歴史の糸――17 世紀グアダラハラで生きた二人の日本人» [El hilo de la historia tejido por investigadores y documentos de archivo: Dos japoneses que vivieron en la Guadalajara del siglo XVII]. *IDE-JETRO (アジア経済研究所)*, 22 de julio de 2025. https://www.ide.go.jp/Japanese/Library/Column/2025/0722.html

• Saven. «【歴史秘話】17 世紀、メキシコに渡った日本人侍と、彼を支えたスペイン貴族の友情» [Historia secreta: El samurái japonés que cruzó a México en el siglo XVII y la amistad del noble español que lo apoyó]. *note*, 18 de agosto de 2026. https://note.com/savensatow/n/na672217018f8.

• Baker-Bates, Piers. «All roads lead from Rome: the transcultural career of Francisco de Reynoso.» *Renaissance Studies* 38, núm. 5 (2024): 713–732. https://doi.org/10.1111/rest.12921.

Bibliografía

• Reynoso y Mateo, Francisco (1904). *En la Corte del Mikado: Bocetos Japoneses.*

• Reynoso y Mateo, Francisco (1933). *The Reminiscenses of a Spanish Diplomat.*

• Reynoso y Márquez, Erik Andrés (2018). *La Casa de Reynoso. Estudio de un linaje castellano (Reinoso: un linaje castellano)*. ISBN 978-1985572751